



GOBERNAR ES EDUCAR

*Dr. Oscar Arias Sánchez**

La educación juega un papel fundamental en la reducción del enemigo más formidable de la paz, la democracia y el desarrollo humano: la pobreza. Es el instrumento catalizador de la participación constructiva en los procesos sociales y políticos de los sectores silenciados y marginados del desarrollo.

La educación es particularmente importante en un mundo cada vez más globalizado, convirtiéndose en punto de partida y elemento clave para comprender el pluralismo de los estados y sus diferentes manifestaciones culturales, contribuyendo de esta manera, a la integración nacional y regional. La educación como responsabilidad de todos debe no solo fijarse como objetivo la capacitación y adiestramiento de las personas, sino también, educarlas, más con el ejemplo que con la prédica, en una serie de principios y valores.

Concluye el autor puntualizando la importancia de que se asuma el hacer política como práctica pedagógica. El político debe ser un maestro capaz de generar conocimiento en sí mismo y en los pueblos y modelar en sus acciones los principios que defiende con sus palabras. Hacer política y gobernar es educar y educarse.

Education plays a critical role in the reduction of the most prominent enemy of peace, democracy, and human development: poverty. It is the catalyst of the constructive participation in the social and political processes of those groups traditionally silenced and excluded from development.

Education is particularly important in a global society. It is a fundamental factor to understand the pluralism of the nations and their cultural diversity. It contributes to the national and regional integration. Education, viewed as everyone's responsibility, should not only be aimed at instructing and training individuals for the labor market, but also at educating them in a series of principles and values. In so doing, educating by the example should play a major role.

The author concludes stressing the importance that participation in politics becomes a pedagogical practice. Politicians should become educators capable of generating knowledge for themselves and the people they represent. They should model with their example the principles they preach. To do politics and govern is to educate.

* Ph.D. en ciencias políticas de la Universidad de Essex, Inglaterra, profesor de la Universidad de Costa Rica, Premio Nacional de Ensayo 1971, presidente de Costa Rica (1986-1990), Premio Nobel de la Paz 1987, prolífero autor de libros y artículos en el ámbito nacional e internacional sobre educación, democracia y desarrollo, conferencista internacional y profesor visitante en la Universidad de Harvard y otras prestigiosas universidades alrededor del mundo. Miembro de la Comisión Ad hoc que dirigió, en su fundación, la Universidad Nacional.



La educación es un instrumento fundamental en la reducción de la pobreza, el más formidable enemigo de la paz, la democracia y el desarrollo humano.

Vista por sus contemporáneos, nuestra época está marcada por la "globalización", un fenómeno de características poco definidas, pero a cuyos efectos se le atribuye una fatal irreversibilidad. Para el común de las personas, lo

perceptible de esa globalización se encuentra, no en sus orígenes sino más bien en algunas de sus más dramáticas consecuencias. De ahí que la globalización signifique muchas cosas: la veloz integración de prácticamente todas las sociedades en una íntima red de comunicaciones en la cual la diseminación planetaria de informaciones encuentra cada vez menos obstáculos; el debilitamiento del Estado a causa de la desaparición de importantes atributos de la soberanía nacional; una nueva dinámica financiera que permite a las grandes corporaciones desplazar sus recursos hacia regiones o localidades en las que la mano de obra es más productiva, ya sea porque resulta más barata o es más calificada; la diaria circulación de un millón quinientos mil millones de dólares de inversionistas que pretenden elevar al máximo las ganancias y reducir al mínimo los riesgos; y, sobre todo, las crecientes ventajas que disfrutan los individuos mejor capacitados frente a las grandes masas de trabajadores no calificados, con lo cual aumenta universalmente la desigualdad y para muchos países y regiones se torna difícil, si no imposible, atenuar la pobreza, el más formidable enemigo de la paz, la democracia y el desarrollo humano.

En efecto, la educación es un instrumento fundamental en la reducción de la pobreza. Como se ha demostrado de manera consistente en diversos estudios, la mujer y el hombre educados obtendrán en el transcurso de sus vidas productivas, mayores ingresos que los que lograban con poca o ninguna educación. Los individuos con menores niveles de educación se ven laboralmente relegados al sector informal de la economía o a los estratos inferiores del sector formal, en los cuales los salarios y la productividad son, evidentemente, más bajos. En rigor, existe una creciente disparidad de ingresos entre los trabajadores calificados y los trabajadores no calificados, que en el fondo marca la línea divisoria entre el bienestar y la pobreza.

Por otra parte, la educación es vital para promover la gobernabilidad y la estabilidad democrática pues cuanto más educadas son las personas, más tienden a participar constructivamente en la vida social y política y se involucran menos en acciones violentas y delictivas. Cuanto mayores índices de educación presentan las sociedades, más capaces son de alcanzar, mediante el convencimiento y no mediante la coerción, los consensos que se requieren para enfrentar los grandes problemas sociales, económicos y ambientales de nuestra época.



Es evidente que, sin importar cómo se defina el fenómeno de la globalización, interesa a todas las sociedades que los logros educativos se incrementen en todo el mundo, y que ese incremento coincida con una disminución de las desigualdades en el campo de la educación.

Si bien está muy lejos de zanjarse el debate en torno a la importancia relativa que deben tener los componentes público y privado de los sistemas educativos, siempre será imperativo dedicar grandes recursos y esfuerzos públicos a la Educación, en particular a la de los más pobres. Los gobiernos están obligados a velar por que todos los jóvenes, pobres o no, dispongan de oportunidades educativas adecuadas. Nunca una sociedad ha alcanzado siquiera niveles mínimos de alfabetización sin un sistema de educación público y obligatorio.

La educación es la base de cualquier modelo viable de desarrollo económico, es esencial para propiciar, perfeccionar y preservar la democracia, y es elemento clave en el logro de la integración nacional y regional. En el mundo del conocimiento globalizado, hacia el que se dirigen en su mayoría las actuales sociedades, la educación es la prioridad más importante para inducir en los seres humanos del futuro los valores, las aptitudes y las percepciones que les permitirán alcanzar su máxima realización en libertad, dignidad y prosperidad.

Es necesario que la educación se convierta en un instrumento para el cambio, cuya función principal consista en enseñar a aprender y no solamente en proporcionar aprendizaje. La educación debe propiciar la capacidad de cada persona para ocupar un lugar dignamente útil y significativo dentro de la sociedad.

La educación debe preparar a mujeres y hombres para escoger opciones en libertad, pero con responsabilidad, y no en el ejercicio irreflexivo de la obediencia. La educación debe tener como una de sus metas fundamentales despertar en el ser humano el sentido de la creatividad.

En la organización de los sistemas educativos, el énfasis debe ponerse en la calidad de los resultados, más que en los medios y los recursos que serán utilizados para lograrlos; en el aprendizaje más que en la enseñanza; en la educación, más que en la instrucción; menos en la autoridad del maestro que en las necesidades de los alumnos; menos en la influencia del sindicato magisterial que en la dignidad de la profesión docente.

En el más corto plazo posible, cuya duración dependerá de las condiciones específicas de cada país y de cada región, todos los habitantes de América Latina y el Caribe deberán haber alcanzado una escolaridad básica mínima de doce años. Esta escolaridad básica debe ser integral, vale decir, con inclusión del desarrollo moral, las condiciones necesarias para aprender a aprender, las competencias específicas y genéricas para el trabajo, el pensamiento crítico, y los valores y las actitudes requeridos para la vida en sociedad.

En vista de que la ignorancia infantil y la carencia de estímulos precoces constituyen uno de los principales transmisores intergeneracionales de la pobreza, hasta donde sea posible se deberá prestar atención especial a la educación temprana para los niños menores de cinco años.

Es prioridad inmediata la atención compensatoria especial, en el campo de la educación, para quienes, alcanzada la edad adulta, se encuentran en situación de desventaja por no haber contado en su juventud con justas oportunidades educativas.

Los sistemas educativos deben configurar, en todos sus niveles, instrumentos teóricos y prácticos que permitan erradicar todas las formas de discriminación basadas en el género, así como promover la incorporación creciente de las mujeres en todas las fases y niveles del proceso educativo.

En nuestra región, integrada por Estados pluralistas, cuyos habitantes proceden de las más diversas etnias y tradiciones culturales del mundo y profesan variados credos religiosos y filosóficos, las estrategias educativas deben tener un énfasis intercultural que respete los derechos, las aspiraciones y las identidades de las minorías.

Educar no consiste únicamente en capacitar o adiestrar al ser humano. Es cierto que con la educación se busca dar a los niños y a los adolescentes un cúmulo de conocimientos y desarrollar en ellos habilidades que les permitan insertarse en la vida social y en las actividades productivas de manera que puedan jugar un papel gratificante, tanto para la colectividad como para ellos mismos. No debe sorprender, entonces, y menos escandalizar, que la escuela, así como las demás instancias educativas coadyuvantes, dediquen una parte importante en su énfasis a la exploración y al estímulo vocacional de los jóvenes. Sin embargo, se acepta universalmente que a lo largo de todo el proceso educativo y sobre todo en sus fases iniciales, las instituciones que intervienen en el deben propiciar, en las mujeres y los hombres en formación, la adopción consciente de una serie de principios y valores relacionados con la convivencia social, la solidaridad, la salud, el respeto a la diversidad, la protección de la vida, el amor por la naturaleza, la práctica de la democracia, el apego a la ley, la percepción estética, el sentido ético y, en general, con el carácter trascendente de la persona, de la sociedad y de la que forma parte y de la humanidad entera.

Que esperemos tanto de la educación puede parecer alarmante, pues para alcanzar las dos grandes metas así esbozadas se requeriría de una portentosa intuición educativa, de cualidades cuasi divinas, una institución que sabemos inexistente. De hecho, lo que las sociedades humanas pretenden lograr con la educación es de una monumental inmodestia: el ideal educativo se aproxima a



la pretensión de recrear al ser humano, liberándolo cada vez más de sus limitaciones naturales y acercándolo al ejercicio más pleno de todo su potencial.

Es en este punto donde surge el más grande de los dilemas para quienes examinan o participan en el fenómeno educativo. La filosofía, la ciencia y la religión nos conducen a la feliz sospecha de que las posibilidades de realización del ser humano son infinitas. Desde las más primitivas, las sociedades siempre han asumido el empeño educativo como una obligación que compromete al individuo y a la colectividad. En todas las culturas han surgido y han evolucionado dispositivos institucionales dedicados a desarrollar habilidades e inculcar valores a los nuevos seres humanos. A partir de la aparición del primer destello de humanidad, cada generación parece tener la certeza de representar tan sólo un paso evolutivo que sus descendientes deberán superar reduciendo su ignorancia.

Pero la cabeza de Sísifo asoma ahí donde el ser humano no puede dejarse llevar por la mera potencialidad. Se es lo que se es, podrá decir el filósofo, pero no cesará de reivindicar el derecho a no ser todo lo que se puede ser, sino solamente lo que se desea ser. La paradoja que alimenta el dilema consiste esencialmente en que la educación, para ser el motor de esa evolución por la que lucha la humanidad desde las épocas primigenias, debe despertar unas potencialidades e inhibir otras. La curiosidad intelectual, la búsqueda un tanto aventurera de lo desconocido, la libertad creativa, la honestidad, la solidaridad, la compasión, el amor a la verdad, la erudición, el sano goce de los sentidos, el disfrute de la belleza física, el deslumbramiento espiritual, la espontaneidad lúdica, son, entre otros atributos que todos queremos ver plenamente logrados en nuestros descendientes por medio de la educación. La intolerancia, la brutalidad, el egoísmo, la prepotencia, el menosprecio por las culturas diferentes, la indiferencia ante el sufrimiento ajeno, la deshonestidad, y tantas otras, son también manifestaciones que, formando parte del bagaje humano inicial, queremos inhibir mediante la educación.

Estimular y, a la vez, inhibir. El progreso de la educación debería, tal vez, medirse de acuerdo con lo que hayamos avanzado en la solución de ese gran dilema, pero esa es una escala que posiblemente siempre estará fuera de nuestro alcance. Mientras tanto, lo que debemos emprender es una nueva conceptualización del proceso educativo partiendo desde su propia base institucional. Recrear al ser humano es una misión que supera ampliamente las capacidades de las instituciones escolares tradicionales, sobre todo en esta época en la que las comunicaciones, por su fluidez y su celeridad, se asemejan asombrosamente a la telepatía. Es necesario "reinventar" la educación mediante una clara definición de cuáles instituciones y cuáles individuos son sus actores, y qué

responsabilidades recaen sobre cada uno de ellos. Si en un pasado todavía mediato el aislamiento recíproco entre individuos y comunidades dejaba apenas unos pocos resquicios abiertos a la comunicación de las ideas y de los nuevos conocimientos y uno de esos resquicios —en muchos casos el más importante— era la escuela, en el presente toda la experiencia humana tiene lugar dentro de lo que podríamos llamar un océano educativo, en el que cada vez es más difícil discriminar entre lo que se debe estimular y lo que convendría inhibir. En este nuevo ambiente, la escuela es solamente uno más entre múltiples actores del fenómeno educativo y se enfrenta al riesgo de que su papel sea uno de los menores.

En un pasado todavía reciente, los visitantes más conspicuos del espacio familiar eran, directamente o mediante sus mensajes, el maestro, el sacerdote y ocasionales en la mayoría de los casos, la radio, el diario, la revista y los libros. La escuela, y en gran medida la iglesia, eran el otro vocacional, ético y político del niño y de su familia. La expectativa de que la escuela recreara al ser humano por sí sola no era descabellada. Hoy, aun cuando el ambiente social obliga a muchas familias a vivir parapetadas detrás de paredes y barrotes, los visitantes educativos de la familia son innumerables y algunos de ellos, no necesariamente invitados como educadores, son mil veces más sugestivos que la escuela o que la iglesia. Hoy, el político, el artista de moda, el deportista exitoso, el astrólogo intelectualmente inescrupuloso, el predicador fundamentalista, el charlatán promotor de los antivales. La publicidad desbordada, el entretenimiento violento, degradado y sin referencias éticas o estéticas, son, intrusos o invitados, educadores virtuales que compiten ventajosamente con la escuela por el tiempo de todos los miembros de la familia.

Así las cosas, la educación está en manos de todo y de todos. Y como sigue siendo cierto que se educa más con el ejemplo que con la prédica, y los efectos visuales de los modernos medios de educación se asemejan más a aquel que a ésta, los dirigentes por su creciente visibilidad hasta en los ámbitos más íntimos de las sociedades y las familias, tienen una desproporcionada responsabilidad educativa.

El político y el gobernante devienen en educadores. El gobernante no participa en el condicionamiento vocacional o profesional de los jóvenes, pero en el otro ámbito de la educación, el que tiene que ver con los principios y los valores, sí ejerce una poderosa función educativa por vía del ejemplo. Hoy, cuando el poder del gobernante se encuentra prácticamente en la sala, en el comedor o en la alcoba de cada familia, su ejemplo puede ser constructivo o devastador para el individuo y para la sociedad. Sin duda alguna, la revolución educativa que los pueblos de América Latina y el Caribe necesitan pasan por la conversión de cada dirigente



Los gobernantes no deben olvidar nunca: el bien educativo máspreciado que los dirigentes pueden ofrecer a sus conciudadanos es la consistencia entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace.

político y de cada gobernante en un educador, tanto por la palabra como por el ejemplo.

Hacer política y gobernar es educar y educarse. La educación está vinculada esencialmente a la búsqueda de la verdad, a una humana aspiración de claridad y transparencia ética. Aún si quisieramos asociar la educación con el

conocimiento, más que con el desarrollo del carácter, encontraríamos que el conocimiento no es otra cosa que un camino hacia la disipación de las dudas, una aproximación a la luz. No en vano casi todas las alegorías del conocimiento aluden a la luz. Y eso es algo que los gobernantes no deben olvidar nunca: el bien educativo máspreciado que los dirigentes pueden ofrecer a sus conciudadanos es la consistencia entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace. Cuando consideramos los peligros que corre la democracia, especialmente en aquellos países en los que la experiencia democrática es nueva o vacilante, lo primero que viene a nuestra mente es la ineptitud educativa de tantos dirigentes, de tantos gobernantes que, en vez de luz, crean oscuridad al decir a los pueblos lo que estos quieren oír y no lo que necesitan saber, y al abrir abismos entre su pensamiento, su discurso y sus acciones.

Si la educación es búsqueda de la verdad, no se educa a los pueblos privándolos de la claridad y la transparencia. Decir paz y fomentar la guerra, decir justicia y propiciar la arbitrariedad, decir democracia y actuar autocráticamente, es condicionar y dominar, es someter y no liberar. No es educar. Parafraseando a Martí, la verdad nos da la libertad y por ello esta debe ser el resultado deseable de la educación.

Pareciera que la necesaria combinación de rigor y libertad que debe rodear al fenómeno educativo global sólo puede surgir de la responsabilidad voluntariamente asumida, en cuanto individuos y en cuanto educadores, por todos los miembros de la sociedad. A los ciudadanos se les puede educar, desde el liderazgo para la libertad o para la esclavitud, para la democracia o para el totalitarismo, para la tolerancia o para el sectarismo. No solamente en las aulas escolares se educa a los ciudadanos para la vida cívica. El dirigente ejerce su mayor influencia educativa desde la tribuna política y en el ejercicio de la función pública. Y esa influencia puede tener efectos negativos cuando el dirigente político utiliza la tergiversación y la mentira como recurso para alcanzar el poder o para mantenerse en él.

Por otra parte, malos educadores de sus pueblos son los dirigentes políticos que, en el seno mismo de la democracia, hacen ludibrio de ella mediante la corrupción. La corrupción es capaz de socavar la fe del pueblo en el sistema



democrático. El gobernante corrupto, que se autoproclama servidor desinteresado de la sociedad mientras se enriquece ilícitamente, ciertamente educa, pero lo hace del peor modo posible: educa para la corrupción y la desconfianza. En el mejor de los casos, educa para la indiferencia cívica, que es el óptimo caldo de cultivo del totalitarismo.

Citemos aquí, como ejemplo de dirigente educador a Edmund Burke, el político inglés que, al solicitar los votos de los electores de Bristol como candidato a la representación de esa ciudad en el parlamento, se refería a la relación de servicio y obediencia entre el representante y sus electores:

Ciertamente, caballeros, para un representante debe ser motivo de felicidad y gloria vivir en la más estricta unión, la más cercana correspondencia y la más abierta comunicación con sus electores. Para el representante los deseos de los electores deben tener un gran peso, sus opiniones merecer un gran respeto, sus intereses contar con la más infatigable atención. Es deber del representante sacrificar su reposo, sus placeres y sus satisfacciones en beneficio de sus representados y, sobre todo y en todos los casos, preferir los intereses de los representados antes que sus propios intereses. Pero su opinión imparcial, su juicio experimentado y su ilustrada conciencia, el representante no debe renunciar antes ustedes, ante ningún hombre ni ante ningún grupo de hombres vivientes. Esas virtudes no se derivan del gusto de los electores, ni de la ley, ni de la Constitución..

Le fueron dadas en custodia por la Providencia ante la cual el representante tiene la profunda obligación de responder si llegara a incurrir en abusos. Su representante les debe a ustedes, no solamente su dedicación, sino también su buen juicio y los traicionaría si en vez de servirles, sacrificara esa dedicación y ese buen juicio a las opiniones de ustedes.

Estas sabias ideas, expresadas en 1774, siguen siendo ejemplares hoy, cuando, más que nunca, el gobernante, su imagen, la detallada narración de su hechos y cada uno de sus eventuales aciertos y fallas, forman parte del mensaje que día y noche penetra en los hogares y, finalmente en las mentes de los jóvenes. De este modo, el gobernante es maestro en una vastísima aula desde la cual es posible destruir o fortalecer el esfuerzo educador de la sociedad. La política debe ser siempre pedagogía. Gobernar debe ser siempre educar.

Tomado de *Informe Regional sobre Desarrollo Humano PNUD*, Comisión de Alto Nivel del Proyecto RLA/96/001. Reproducción autorizada por el Dr. Arias Sánchez.